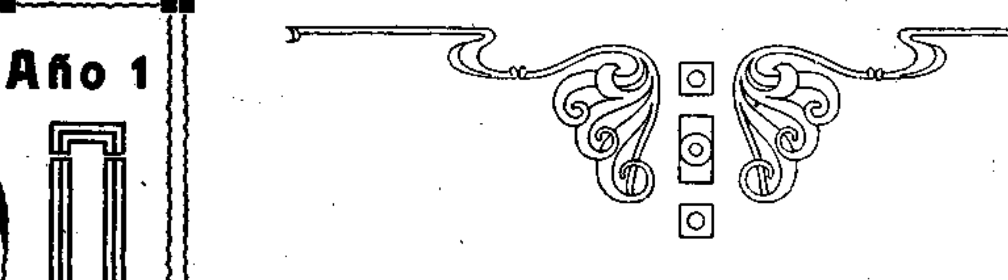
Lo Maravilloso

REVISTA DE PSICOLOGÍA Y DINAMISMO INEXPLICADOS

SE PUBLICA LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

Año 1 **Núm. 1**



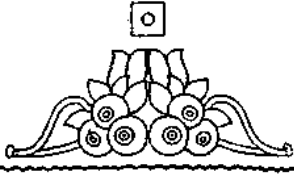
Madrid 10 Abril 1909.

Hay, Horacio, en el Cielo y en la Tierra muchas cosas, que tu filosofía ni siquiera ha sospechado.

SHAKESPEARE



SUMARIO



Administración: San Bernardo, 19

Número suelto 25 cts.

Con objeto de que sea conocida por los lectores á cuyas manos no haya llegado, y para no repetirla en el texto, insertamos aquí la

Circular-Programa de LO MARAVILLOSO

NUESTRO OBJETO



La Historia y nuestra propia observación demuestran que se han realizado y realizan fenómenos psíquicos y psico-dinámicos absolutamente ajenos á las leyes naturales conocidas, con frecuencia en oposición á ellas; y de tales hechos que un tiempo se reputaron privativo objeto de supuestos ó reales desequilibrios, se ocupan ya pensadores eminentes de todos los países, especialistas en todas las ciencias que, sin admitir ni rechazar *a priori* la positividad, aplican á su investigación procedimientos rigurosamente científicos, inspirados en previsoras desconfianzas respecto á cada caso concreto, pero también, y ello es importante, en este doble principio: No hay tradición ni creencia popular que no tenga una base real, de la que se derive más ó menos directamente: La aparente contradicción de un hecho con las leyes naturales conocidas, no implica su necesaria falsedad.

Por eso, las antes misteriosas reuniones espiritistas, donde curiosos ó idealistas místicos se congregaban con sigilo, para referir luego tímidamente lo observado, son hoy centros de franca investigación, abiertos á la crítica; laboratorios de biología y psíquica, cuyas observaciones es más fácil desoir que impugnar, y al frente de ellos, ó estudiándolos, figuran sabios de bien ganada reputación: Aksakoff, W. Crookes, P. Janet, Lombroso, Lapponi, Myers, Maxwel, Ochorowicz, C. Richet, de Rochas, Sabatier, R. Wallace, de Watteville, Zœllner, Flammarión, Curie...

El prestigio de esos nombres impone, cuando menos, una respetuosa atención, y desautoriza la insensata burla de que pretenden hacer objeto tales observaciones muchos pseudo-sabios, cuyo entendimiento, capaz para apropiarse las verdades ya adquiridas, descansa en ellas definitivamente, porque no se hizo para investigar lo ignoto. Esa legión obligó á retractarse á Galileo, quemó á Servet, diputó por visionario á Colón, declaró perjudicial la vacuna, acordó en la Academia de Ciencias de París, hace apenas medio siglo, no oir más comunicaciones referentes á hipnotismo y sugestión, declarándolas por siempre falsas, y seguirá condenando cuanto no sepa todavía; lo que algunos cerebros espolones irán descubriendo y adaptando trabajosamente á la más torpe inteligencia de ese enaltecido y presuntuoso vulgo de las Academias, sólo apto para mirar hacia atrás.

Es verdad que no en todo acertaron los guías; pero cuando se avanzó fué siguiéndoles. No cuanto el común sentir científico rechaza, es verdad; pero la verdad nueva, esto sí, fué siempre rechazada de antemano.

Por eso es prudente la duda y necia la negación, máxime cuando se trata de investigar en ese mundo, aún obscuro, de las fuerzas psíquicas inteligentes, propias ó extrañas, quizás inmateriales, tal vez de materia tan sutil ó más sutil que el éter, que en su masa imponderable encierra las más grandes energías conocidas. ¿Por qué limitar la orgánica material á lo que nuestros pobres sentidos perciben, cuando sabemos ya de cierto que hay materia organizada fuera de esa pequeña órbita, é innumerables fenómenos de sonido y de color, esto es, de la clase misma de los percibidos, que se escapan al ojo y al oído?

Dentro aún del más estrecho concepto material del mundo, ¿es razonable negar la posibilidad de organismos sutilísimos, causa ú órgano de inteligencias más elevadas quizás que la del hombre, toda vez que en lo observado la perfección sube de lo grosero á lo sutil?

Y si dilatamos nuestras concepciones por el mundo espiritual, ¿qué podremos tener por imposible? ¿Será la ciencia quien nos cierre el paso? Pero las ciencias naturales que ayer bajo el bisturí disector no encontraban el espíritu, negándolo por eso, hoy no encuentran la materia; el invisible *ion* parece disolverse en la energía cósmica: y así el laboratorio abre otra vez sus ventanas sobre el campo ideal del es-

(Sigue en la plana 3.ª de la cubierta).

AÑO I — Madrid, 10 de Abril de 1909 — NÚM. 1

Lo Maravilloso

REVISTA DE PSICOLOGIA Y DINAMISMO INEXPLICADOS

SE PUBLICA LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

Ser ó no ser... ese es el problema —SHAKESPEARE.

El que fuera de las matemáticas puras dice *imposible*, carece de sentido.
ARAGO.

ADMINISTRACION
Ancha de San Bernardo, número 19.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
España: Un año, 6 pesetas; un semestre, 3,50 ídem.
Extranjero: 7 y 4 francos respectivamente.

Los sabios y los ignorantes me atacan; los unos y los otros se ríen de mí y me llaman el maestro de baile de las ranas; y bien, sea; pero yo sé que he descubierto una de las más grandes fuerzas de la Naturaleza.
GALVANI.

SALUDO

La Redacción de «Lo Maravilloso» inicia su tarea enviando cordial saludo á la Prensa, cuya misión de cultura viene, modestamente, á compartir.



Procedamus in pace

Lector, sean cualesquiera tus ideas y tus creencias, continúa leyendo sin preocupación, que no has de encontrar aquí desagradable controversia. Nos proponemos sólo divulgar el resultado de las investigaciones que se hacen para descubrir esas fuerzas, misteriosas por desconocidas, cuya manifestación contemporánea comienza con los emocionantes fenómenos de hipnotismo, ese profundo sueño provocado, durante el cual los sentidos alteran y amplían su funcionamiento normal y las facultades intelectivas adquieren prodigioso relieve; y alcanza ya los fenómenos mediumníticos, objeto preferente del moderno espiritismo, expresión que no envuelve concepto alguno exclusivo.

El espiritismo moderno no es una modalidad mística, ni siquiera es una escuela: es, en el más extenso significado, un orden todavía impreciso de investigaciones, y en la acepción concreta, una hipótesis científica, una concreción más del eterno interrogante.

El espiritismo ha dejado de ser fe para ser ciencia positiva; observa, analiza, critica severamente procedimientos y fenómenos, cuya explicación espiritista no tiene más valor que el de una hipótesis aventurada con recelo, difundida con reservas.

No supone ese rigor que las novísimas investigaciones estén reservadas á los sabios; antes parece que esas enigmáticas fuerzas desdeñan su contacto, prefiriendo el ambiente plácido de los hogares tranquilos, de las reuniones de amistosa intimidad; manifestándose mejor cuando se las busca llanamente, que á solemnes requerimientos, lo que no ha impedido comprobar su realidad con absoluta certeza, de que dan irrecusable testimonio los aparatos registradores y las alteraciones químicas consiguientes, después de lo que nada arguye en contrario el fracaso de algunas experiencias pomposamente preparadas.

Desconociéndose la naturaleza de tales energías, claro está que no es posible saber de antemano las condiciones precisas para su manifestación; hemos de limitarnos á observar. Ni es posible tampoco predecir la influencia que en la vida del hombre alcancen, siendo imprudente anunciar ya grandes transformaciones ni en lo físico ni en lo moral; esto hay que dejarlo al tiempo: ese tenaz, pero gubernamental, pacientísimo revolucionario.

Es verdad que la naturaleza de esas nuevas energías difiere de la de todas las que se conocen; que parece regirlas la inteligencia, pero lo único cierto hoy es que existen, y aun esto no ha de ser obligado supuesto de nuestro saber; todo en ese orden es para nosotros tierra desconocida, que decidimos explorar yendo en pos de hombres sabios, de espíritu esforzado, que avanzan con valentía, llevando por norma la desconfianza en sí mismos, por canon inflexible el razonable respeto al criterio y á la conciencia de los demás.

Los grandes mediums

La mediumnidad, conjunto de facultades no bien definidas aún, pero que se atribuye á las personas en las que se manifiestan fenómenos de psíquica positiva, ó cuya presencia es un hecho que provoca

ó facilita esos fenómenos llamados tal vez con substancial impropiedad espiritas, constituye el principal objeto de los estudios de esta clase, y por ello ha de serlo de nuestra Revista, que irá presentando en sus columnas á los mediums *más célebres, de los que puede considerarse inmediato precursor á un insigne sueco, cuya inteligencia privilegiada, después de haber dominado toda la cultura humana de su tiempo pareció sublimarse hasta columbrar las verdades eternas. Esa figura gigantesca es la de*



I

Es considerado como el verdadero fundador del espiritismo, como el primer «medium», en el sentido moderno de esta palabra. Más que por el apellido paterno Swedberg se le conoce con el de Swedemborg, otorgado como distinción nobiliaria por la reina de Suecia Ulrica Eleonora Hasta el último período de su ordenada existencia no se revelaron en este hombre superior sus dotes de vidente, de sabedor de las intimidades todas de la vida de ultratumba: datan de ese tiempo sus comunicaciones con los muertos, su predicción desde Gothemburgo del incendio de Stokolmo y otros hechos no menos maravillosos, de que se hablará después detenidamente. Nació en 1688 en Stokolmo, y murió en Londres en 1772; y sabemos que recibió una educación religiosa, no precisamente teológica, por manifestación de su padre, que fué profesor de Teología en Upsal y obispo de Skara; Jesper Swedberg ha dejado escrito que, sin pretender inclinar las aptitudes de sus hijos hacia la Iglesia, les dejaba la libertad de seguir en la elección de carrera, las disposiciones que habían recibido de la naturaleza.

***

En la vida fecunda de Swedemborg se señalan tres fases á cual más interesante: literaria, científica, mística. El hombre que tanta fama había de adquirir como vidente, desplegó al principio su actividad anímica en sentido disconforme al misticismo; consagró los dos primeros tercios de su vida á la Literatura y á las Ciencias, que cultivó con suma brillantez; siendo aún muy joven, se dedicó con gran entusiasmo y éxito, debidos á sus felices aptitudes, á las lenguas antiguas, á las Matemáticas y á las Ciencias naturales. Terminada su primera educación, le envió su padre á la Universidad de Upsal; sin vocación para la carrera eclesiástica, en que hubiera podido obtener rápidamente distinciones ú honores, merced á la elevada posición de su padre y de uno de sus tíos—también obispo—, mostró desde luego preferencia por el estudio de las Ciencias y de las Bellas Artes, y se graduó de doctor en Filosofía después de sostener una tesis llena de erudición. No debe olvidarse, á este propósito, que la Filosofía comprendía entonces los estudios literarios y las Ciencias físico-matemáticas.

Después de recibido de doctor — 1710 —, emprendió un viaje por Europa que duró cuatro años. Visitó Londres, residió en Oxford, para seguir durante un año los cursos universitarios; pasó algún tiempo en Utrech, París y Versalles, de donde volvió á Suecia. El regreso de Carlos XII después de ser prisionero de los turcos, le dió motivo para dirigir al Rey—1714—un discurso de felicitación en latín. Por el mismo tiempo hizo publicar una colección de trozos latinos, en su mayoría narraciones fantásticas y epigramas, donde campea fino humorismo, bajo el título de «Juegos de Helicón». En el siguiente año publicó en Greifswald una imitación de las «Metamorfosis» de Ovidio, también en latín; la tituló «Musa Boreal». Esta composición señala el fin de la primera de las fases de la vida de Swedemborg.

***

La segunda fase es la científica. A los veintisiete años comprendió Swedemborg que era necesario tener una carrera Pero como creía que ésta no debía estar constituída con estudios literarios, insistió con ardor en el estudio de las ciencias. Fundó en Upsal una revista—1716—consagrada á las investigaciones y descubrimientos científicos, bajo el título de «Dédalo Hiperbóreo»; la revista llegó al sexto volumen, y contiene los primeros trabajos de la Sociedad Real de Upsal, de la que formó parte desde su creación. Esta publicación atrajo la atención de Carlos XII, quien otorgó numerosas audiencias al joven sabio y le nombró asesor del Colegio Real de Minas. En tal concepto, Swedemborg prestó grandes servicios á Suecia: dirigió la construcción de los docks de Carlskrona, de las esclusas del lago Wener y de Gothemburgo, los trabajos hidráulicos de Trolhaetta, y, en fin, el transporte de la artillería sueca de grueso calibre á las murallas de Frederikshall. Casi por el mismo tiempo publicó trabajos sobre Algebra y sobre los medios de determinar la longitud de los pueblos por medio de observaciones lunares. En 1719 dió á luz estudios sobre la división decimal de las medidas y monedas, para facilitar las operaciones del cálculo y la supresión de las fracciones; sobre la mayor elevación de las mareas en los tiempos antiguos, con pruebas obtenidas de los fenómenos observados en Suecia; sobre el movimiento y posición de la Tierra y de los demás planetas. Por su exaltación á la nobleza, tomó parte en los trabajos de la Dieta.

En esta segunda fase de su vida resume su conducta moral y política en cinco reglas, breves como las de Descartes:

Leer y meditar á menudo sobre la palabra de Dios. Someterse á la voluntad de la divina Providencia. Observar decencia en todo. Tener siempre limpia

la conciencia. Llenar fielmente las obligaciones ó los deberes del cargo, y ser en todo útil á la Sociedad.

*
* *

Por los años 1720-21 exploró minas en Suecia, y se trasladó seguidamente á Amsterdam para hacer imprimir, en latín, como siempre, diversas obras. Fueron éstas: «Prodromos», principios de Filosofía natural. «Observaciones y descubrimientos sobre el hierro y el fuego». «Un nuevo método para determinar las longitudes geográficas de los lugares en el mar ó en la tierra». «Arte de construir docks, y nuevo método para la construcción de diques». En fin, «Arte de apreciar la fuerza mecánica de los buques». Seguidamente visitó las minas de Aix-la Chapelle, Lieja y Colonia, é hizo imprimir en Leipzig una miscelánea de observaciones sobre los minerales, el hierro y los desgajamientos de los montes (1729, tres volúmenes; más tarde añadió un cuarto volumen). De regreso en Stokolmo, hizo imprimir allí un tratado sobre la depreciación y elevación de las monedas en Suecia (1722, en 8.º). Siempre profesor en la Escuela de Minas, fué llamado por entonces por la Universidad de Upsal para desempeñar la cátedra de Matemáticas, vacante por muerte del gran Celsius, distinción que rehusó para consagrarse por completo á los trabajos de la Escuela y de la Academia.



EMMANUEL SWEDEMBORG.—Reproducción de una estampa de la época (1).

Con motivo de un nuevo viaje por Alemania, se ausentó en 1733. El «Itinerario» que trazó de él se concreta en casi todo el tiempo á observaciones sobre metales. Hacia fines de ese año comenzó en Leipzig la impresión de su gran obra titulada «Obras filosóficas y metalúrgicas», también en latín y ornada con su retrato. Trabajó en ella con tal intensidad, que corregía él mismo las pruebas; la terminó en un año, y apareció en Leipzig y Dresde en tres volúmenes, en folio. En esta obra monumental Swedemborg aún no aparece teósofo; sólo se muestra partidario de las doctrinas científicas de Telesius, Campanela y Descartes. Los dos últimos volúmenes están dedicados al estudio exclusivo de los metales; el tomo primero contiene todo un sistema de la naturaleza; viene á ser un nuevo «De natura rerum». En ellas se consignan cuatro reglas para el examen atinado de los más importantes fenómenos; son más profundas que las morales antes apuntadas. Helas aquí, compendiando lo que sobre ellas nos transcribió Mr. Mater: «Basta partir del punto de vista de que la naturaleza obra por los elementos más simples, y que las partes de estos elementos son las formas más simples, las menos refinadas, las menos artificiales. Debemos admitir como principio de la naturaleza el principio mismo de la Geometría; es decir, deducir el origen de las diversas partes de la naturaleza del punto matemático, lo mismo que las líneas, las figuras, la Geometría toda; y esto, por la razón de que no hay nada en la naturaleza que no sea geométrico, y viceversa. Admitamos, además, que todos estos elementos pueden moverse al mismo tiempo y en el mismo lugar, y que cada uno se mueve sin ser impedido de ello por ningún otro. Es necesario hechos incontestables para que sirvan de base á la teoría, y no es permitido dar un paso sin ser guiado por ellos».

(1) El lector se hará cargo de que las condiciones del original y las en que ha tenido que reproducirse, no son las más apropósito para que el fotograbado del Sr. Durá resulte de más efecto.

Claro está que algunas de esas fórmulas que Swedemborg elevó á la categoría de principios, no tienen hoy valor propiamente científico; pero también es cierto que aún se admiran en él descubrimientos notables. M. Dumas, en sus cartas de Filosofía química, hace constar que Swedemborg ha creado la Cristalografía, y presentido el descubrimiento de Wollaston sobre el papel de la forma esférica en la composición de los cristales. Otros sabios hacen notar que también ha presentido muchas hermosas teorías de Dalton y Bercelius. Además, comparte con W. Hershell el honor de haber descubierto la posición del sol y de su sistema en la vía láctea, y con otros astrónomos varios descubrimientos que sería prolijo enumerar.

La Academia de San Petersburgo eligió á Swedemborg miembro de su seno en 1734, y la Academia de Ciencias de París hizo imprimir una traducción de muchos capítulos científicos de su trabajo. Wolf, jefe de la escuela leibnitziana, solicitó el concurso del sabio sueco para la labor científica. Alentado así Swedemborg, se lanzó á la investigación de problemas y á desentrañar lo que hasta entonces se consideraba como misterios del orden cósmico. En este tiempo—1734—, publicó en Dresde un libro sobre estas tres cuestiones: «Lo infinito», «La causa final de la naturaleza» y el «Lazo misterioso entre el alma y el cuerpo». Este libro se distingue notablemente de todas las producciones científicas del sabio, por sus observaciones excelentes, sus notas llenas de sentimiento y, sobre todo, por el atrevimiento de sus hipótesis.

Ocurrió en 1735 la muerte de su padre, y este hecho determina un cambio en la manera de ser de Swedemborg; la idea de la muerte quizá obsesiona su gran entendimiento. Emprendió nuevos viajes, en los cuales parecía dominarle el pensamiento de buscar distracciones honestas á su espíritu. Frecuentó los teatros en Holanda, Francia é Italia, lo que le sirvió para hacer el examen comparativo del arte dramático en los dos últimos países; concurrió también á las iglesias de París, quedando poco satisfecho de la oratoria sagrada francesa. En este hecho debe verse una manifestación ostensible de su tendencia á la mística.

De regreso en Suecia volvió á sus tareas; dos años empleó en preparar su «Economía del reino animal», publicada en 1741 en Amsterdam (dos volúmenes, en 4.º); es una obra en la que se ocupa más del hombre que de los demás animales, y del alma más que del cuerpo. En 1744 se trasladó á Holanda, para hacer imprimir y publicar los dos primeros volúmenes de una nueva obra de Fisiología, «El reino animal»; el primero sobre las «Entrañas»; el segundo sobre los «Organos pectorales». En Londres, adonde se trasladó seguidamente, hizo imprimir el tercer volumen, que trata de «Sentidos y órganos en general». Cuando se reflexiona que estos volúmenes, publicados con tan pequeños intervalos, son gruesos inoctavo ó enormes infolio, se siente verdadera impresión de asombro contemplando los resultados de la actividad mental de este hombre extraordinario. En esta época se inicia el período de las «revelaciones», como Swedemborg las llama; fase tercera y última de su existencia. El acontecimiento se verificó en Londres, durante la impresión del tercer volumen del «Reino animal». Veamos cómo Swedemborg lo ha referido á uno de sus íntimos.

Athos.



TRIBUNA LIBRE

Abrimos esta sección para dar cabida en ella á los trabajos referentes á nuestra especialidad, sea cualquiera su tendencia, siempre, claro es, que se ajusten en la forma y en el contenido á la regla de conducta que en general nos hemos impuesto por debida consideración á nuestros lectores y á nosotros mismos.

Y nos honramos inaugurándola con la reproducción de un artículo de Mr. Stead, publicado en Review of Reviews, *de que es fundador y propietario, y cuya importancia es bien conocida porque se trata de una de las más célebres publicaciones de Inglaterra.*

En cuanto á Mr. Stead, amigo de Reyes, *como ha dicho una revista española, es un hombre honorabilísimo. De él se refiere que siendo muy íntimo de Cecil Rhodes, hasta el punto de que éste le había nombrado su heredero universal, cuando estalló la guerra en el Sud de Africa no vaciló, desde su nombrada publicación, en acusarle como responsable de aquella guerra que él juzgaba inicua, lo que determinó á Rhodes á revocar su testamento.*

Un hombre que así entiende sus deberes cívicos y de conciencia, merece ser oído con atención; podrá equivocarse, mas no es posible dudar de su absoluta sinceridad.

He aquí el artículo:

¿SE COMUNICA CON EL MÁS ALLÁ?

Un día hablaba yo con Cecil Rhodes de la existencia de Dios. El problema había constituído en otro tiempo, al comienzo de sus estudios, el asunto de sus meditaciones.

—Apuesto—me dijo—50 contra 100 á que existe un Dios, y creo necesario investigar lo que espera de nosotros.

También yo desearía interrogar al lector sobre la persistencia de la vida consciente después de la muerte.

Es muy posible que convengamos en que se pronuncien por la afirmativa cierto número de personas; habrá un 50 por 100, según unos, un 90 por 100, según otros, ó solamente un 10 por 100, ó á lo más, un 1 por 100 de probabilidades de que no perece todo con la muerte. En consecuencia, puesto que la mayoría de los grandes hombres de todas las épocas han creído en la supervivencia de la personalidad

humana, parece difícil admitir que no haya una pequeña probabilidad para el hombre de continuar viviendo después de haber restituído sus cenizas á los elementos.

Por el contrario, si aquel á quien me dirijo está plenamente convencido de que no hay ni siquiera ese mínimum de probabilidades en favor de la supervivencia, si está persuadido de que sólo él tiene razón y que Platón y San Pablo se equivocaron, le diré:

—Es inútil ir más lejos: esto no está escrito para usted.

En efecto: no quiero fijarme más que en la opinión de aquellos que consienten en reconocer que todas las religiones, la mayor parte de las escuelas filosóficas, el instinto universal de la Humanidad, están en lo cierto al aseverar que hay otra vida, una vida posterior á la de tejas abajo. Por mucho que se reduzca el número de probabilidades, desde el momento que quede una, es indudable que ningún supuesto podría imponerse con más derecho al examen científico.

¿Es esto un hecho ó no? ¿Cómo se puede llegar con certidumbre á la solución? Cabe que ésta sea imposible, pero no podría desesperarse de obtenerla mientras no se haya agotado el empleo de los medios de investigación de que disponemos. Nada menos científico á este propósito que seguir en la ignorancia, y vivir un día y otro sin conocer si no somos más que entes (como decía «La Escolástica») destinados á disiparse como la niebla de la mañana cuando nuestro cuerpo haya desaparecido, ó si, por el contrario, estamos destinados á seguir viviendo después del cambio que denominamos muerte.

Prosupuesto lo dicho, prosigo mi investigación. ¿Qué clase de evidencia podemos invocar para acreditar la persistencia de la personalidad después de la muerte, no concretándonos á una hipótesis, sino apoyándonos sobre hechos averiguados ó demostrables?

Por de pronto, me valdré de una comparación suministrada por las recientes aplicaciones de la telegrafía sin hilos. Estos inventos no aportan, en honor de la verdad, ninguna prueba de la supervivencia de la personalidad, pero la auxilian, la sirven para explicar las dificultades, y, al mismo tiempo, las probabilidades de resolver la cuestión que me ocupa.

Comparemos la sima del Atlántico tal como se presentaba á nuestros antepasados antes de la época de Cristóbal Colón. Supongamos en seguida, para que el paralelo sea completo, que no hubiese entonces allí más que un sólo medio de hacer la travesía de ese mismo Océano; es á saber: el viaje de Este á Oeste, con imposibilidad para el navegante, á causa de las violencia de las corrientes, de regresar al Antiguo Mundo después de haber rendido el viaje en el Nuevo, pasando desde Europa hasta América. Esta comparación me permite fijar con claridad las dificultades del problema que someto á discusión.

Si Colón, después de haber descubierto América, se hubiera visto imposibilitado de volver á atravesar el Atlántico, Europa hubiera inferido de ello, después de un cierto tiempo, que había perecido en este Océano. Si otros navegantes hubiesen verificado seguidamente el mismo viaje al Oeste y no hubieran regresado, la hipótesis general llegaría á ser una certeza absoluta. Luego Colón y aquellos que le sobrevivieran habrían podido muy bien vivir y prosperar más allá del Atlántico, donde fundarían la nación americana y civilizarían el Nuevo Mundo. Pero privados de los medios para el regreso, les hubiera sido imposible el convencer de su supervivencia á aquellos que habían dejado tras sí en Europa. Y Europa habría, en ese caso, considerado á América como un país lejano del que nadie regresa; y sus amigos, sus parientes, habrían llorado á esos héroes idos para siempre, y que nadie ha vuelto á ver.

Luego durante ese tiempo, Colón y sus atrevidos compañeros de aventuras, ó sus émulos, hubieran seguido viviendo en mejores condiciones aún que las de su país natal.

¿Qué habría sucedido en tales circunstancias?

Según todas las probabilidades, se habría entibiado la fe de los más ardientes admiradores de la visión de Colón. Si no se hubiera extinguido completamente, sería porque de vez en cuando, aquellos que abrigasen alguna confianza en la supervivencia del descubridor y de sus marinos, les habrían visto, de noche, en sueños, en otro mundo desconocido; pero esta aparición habría sido, para la mayor parte de sus contemporáneos, puramente quimérica.

Trasladémonos, sin embargo, del tiempo de Colón al en que vivimos. Admitamos por un momento que siguiera siendo físicamente imposible como al principio atravesar el Atlántico de Oeste á Este. Pero en el transcurso del tiempo, los que hubieran ido de Este á Oeste habrían aumentado en número y se habrían multiplicado; habrían asentado en el continente americano las bases de una gran nación y de una civilización adelantada. Como nosotros, habrían descubierto el telégrafo, habrían inventado el teléfono y se servirían de él. Asimismo estarían iniciados en los principios de la telegrafía sin hilos, y como nosotros, habrían perfeccionado el teléfono sin hilos.

Es de creer que el terror de lo desconocido no hubiera detenido el espíritu emprendedor de los exploradores europeos. Más ó menos tarde se aparejaría uno ó más buques para franquear el Atlántico. Cuando navegantes y pasajeros hubieran abordado las lejanas riberas, descubrirían, con gran asombro suyo, no sólo que existía un vasto continente á cinco días de distancia por mar desde Liverpool, y aún más, que aquéllos que se suponían perdidos habían fundado una república floreciente en el Nuevo Mundo.

¿Qué pasaría entonces?

Los nuevos desembarcados, viéndose sin medio de volver, se apresurarían á emplear todos los recursos de la ciencia moderna para comunicar su gran

descubrimiento al Mundo Antiguo. Se esforzarían en perfeccionar la telegrafía sin hilos, en extender sus aplicaciones de tal manera que pudiesen comunicar la feliz noticia á sus amigos de Europa. Bien pudiera ocurrir al principio que no llegara ninguno de estos despachos; pero al cabo de algún tiempo podría darse la probabilidad de recibirse el mensaje de América en cualquier receptor Marconi. Luego, si este mensaje llegara, ¿cómo habría sido recibido? Muy posiblemente, de manera incompleta, truncado, incoherente y aparentemente sin poder utilizarlo. Así por espacio de un cierto tiempo habría fallado toda tentativa de comunicación. Sin embargo, después de un intervalo, un mensaje más inteligible habría llegado, sin duda, á su destino. Entonces se harían todos los esfuerzos para expedir contestaciones; pero éstas, á su vez, no estando convenientemente dispuestos los aparatos, podrían no llegar, aun cuando todo el mundo hubiese estado en el receptor. Los mensajes llegarían de tal manera mutilados que serían incomprensibles. No quedaría más que un pequeño número de obstinados, fieles, por lo menos, á la creencia de un mundo más allá del inmenso espacio líquido. Solamente éstos perseverarían en sus esperanzas; mas habrían perdido su tiempo y su dinero, exponiéndose á las diatribas del mundo científico.

Al fin, después de innumerables decepciones, habría habido una probabilidad de éxito; el comandante de la última expedición habría logrado esclarecer, por medio de un mensaje, el punto tan discutido.

«Del capitán Smith, del Resuelto (mar del Sur) al «Lloyds» de Londres: Todos con vida, sanos y salvos. Descubierto Nuevo Mundo poblado de descendientes de Colón y sus compañeros.»

¿Qué es lo que hubiera resultado de la recepción de un marconigrama semejante? Habría llegado éste, sin duda, tantos años después de la salida de la expedición, que nadie se acordaría ya de ese capitán Smith. Tomada nota, así que se adquiriera el convencimiento de la existencia real del buque y de su comandante, el suceso produciría una sensación indudable; se repetirían los ensayos de comunicación con esta tierra desconocida, pero la mayoría de las gentes de buen sentido mirarían la idea como una simple broma, y los hombres de ciencia sostendrían, una vez más, con gran complacencia personal, la imposibilidad absoluta de la realidad de un mundo semejante; «a fortiori» declararían que el mensaje recibido no podía tener autenticidad alguna.

No obstante, habría poco á poco otros despachos. Se acabaría por descubrir un método para traducir las comunicaciones y las respuestas. Por último, el mundo científico se decidiría á reconocer la posibilidad de un fenómeno considerado hasta entonces increíble. Se consentiría en admitir que hay otro mundo más allá del Atlántico, y que sus habitantes pueden comunicar por telégrafo sin hilos con Europa. Se encontraría así en posesión de la solución de las mismas dificultades que se oponen á establecer la certidumbre de otra vida después de la muerte.

Luego si con paciencia, con perseverancia, con esfuerzos continuados para vencer los obstáculos hubiese sido dable llegar por comunicaciones interoceánicas á establecer formalmente la verdad de la existencia del continente americano, tengo la convicción que es posible, del mismo modo, demostrar sin género de duda la existencia del más allá.

(Continuará.)



Información nacional

No se ha iniciado en España una información extensa y seria de lo maravilloso *como la que desde hace muchos años se viene haciendo en el extranjero, y especialmente en Inglaterra por la «Sociedad de investigaciones psíquicas».*

No podemos aspirar á realizarla nosotros satisfactoriamente, al menos por el momento, pero queremos hacer un pequeño ensayo; y, al efecto, recogeremos para publicarlo todo caso ó fenómeno de psíquica positiva de que tengamos noticia, siempre que el hecho aparezca comprobado autorizadamente, pues no consentiremos que nuestra Revista se haga eco de fantásticos cuentos de vecindad. Cuando por circunstancias especiales convenga conservar el incógnito á los autores ó testigos de aquellos fenómenos, procuraremos armonizar esa justa pretensión con la necesaria autenticidad que han de exigir nuestros lectores, á los cuales, en último término, compete juzgar en cada caso los grados de verosimilitud con los datos que nosotros podamos apuntar.

Pocos individuos son los que no se han encontrado alguna vez frente á frente con estos hechos misteriosos que, preocupándoles algún tiempo, fueron dados al olvido, hasta que un día la referencia de otros análogos los trae de nuevo á la memoria, produciendo la sensación de conjunto y dependencia que hace surgir la idea de un algo muy grande que nos rodea, aunque aún escapa á nuestro conocimiento. La observación de esos hechos aislados es la que puede llevarnos al descubrimiento de la verdad. Laboremos.

Un caso notable de telepatía entre moribundos.

ALFONSO XII Y EL DUQUE DE LA TORRE

He aquí el relato que hace la señora viuda del general Serrano:

«Desde ha doce meses, una enfermedad muy grave (tanto, ¡pobre de mí!, que ella debía de llevárselo), amenazaba la vida de mi marido.

Comprendiendo que su fin se acercaba á grandes pasos, su sobrino, el general López Domínguez, se avistó con el Presidente del Consejo de Ministros Sr. Cánovas para obtener que, á su fallecimiento, Serrano fuese enterrado como otros Generales: en una iglesia.

El Rey, entonces en el palacio Real de El Pardo, rechazó la petición del general López Domínguez, añadiendo, sin embargo, que prolongaría su estancia en El Pardo á fin de que su presencia en Madrid no impidiera el rendir á Serrano los honores debidos á

su rango y á la alta posición que ocupaba en el Ejército.

Los sufrimientos del General aumentaban más cada día; se hallaba imposibilitado para acostarse y tenía que estar constantemente en un sillón.

Una mañana, al amanecer, mi marido, que en estado de abatimiento producido por el uso de la morfina se inmovilizaba completamente y no podía hacer un solo movimiento sin la ayuda de varias personas, se levantó de pronto solo, derecho y firme, y con una voz que no le había oído nunca, gritó en el silencio de la noche:

—¡Pronto, que un oficial de servicio monte á caballo y corra á El Pardo: el Rey ha muerto!

Y cayó desvanecido en su sillón. Todos creímos que deliraba y nos apresuramos á darle un calmante.

Se calmó; pero á los pocos minutos se levantó de nuevo. Con una voz débil, pero sepulcral, dijo:

—Mi espada y mi uniforme: el Rey ha muerto.

Esto fué su último resplandor de vida. Después de haber recibido los últimos Sacramentos y la bendición papal, expiró.

Esta repentina visión de la muerte del Rey por un moribundo era verdad. Por la mañana todo Madrid sabía con asombro la muerte del Rey, que se encontraba casi solo en El Pardo. El regio difunto fué trasladado á Madrid. Por esta causa Serrano no pudo recibir los honores que le habían sido prometidos. Es sabido que cuando el Rey está en el Palacio de Madrid, ciertos honores son solamente para él, é igual si está muerto.

¿Es el mismo Rey que avisó á Serrano? El Pardo está lejos; todo Madrid dormía. ¿Cómo supo la noticia?

Es digno de meditación. — CONDESA DE SERRANO, DUQUESA DE LA TORRE.

«Lo Maravilloso» y la mentalidad española.

Nos proponemos hacer una información tan extensa como sea posible, del concepto que á los hombres de ciencia españoles merecen las modernas orientaciones en los estudios psíquicos; y tenemos la satisfacción de anunciar á los lectores de esta Revista, que las primeras gestiones practicadas con ese objeto han sido tan favorables, que tal vez en el número próximo podamos ofrecer ya su resultado.

¡CHAPÍ!

Su desaparición es una desgracia nacional, y la especialidad de nuestra Revista no ha de impedirnos tributar homenaje al gran maestro. Todas las manifestaciones de la vida española deben asociarse y se asocian para llorarle.

Aquel cerebro privilegiado cuyas vibraciones se transmitieron á las multitudes en olas armoniosas llevando acentos de alegría, de pasión, de dulces tristezas, es ya un frío despojo. Pero, ¿la fuerza creadora, la que señalaba ritmo á la vibración, acabó también? ¿Se disolvió en la energía universal, ó conserva individualidad como núcleo consciente y perdurable? ¿Era aquel cerebro origen de la inspiración? ¿Era filtro misterioso por donde destilaron algunas gotas de la infinita belleza, ú órgano de un alma que oía los ritmos cósmicos y se esforzaba en adaptarlos á la humana torpeza sensorial?

Cuando muere un sér querido, el sentimiento protesta contra la idea de la nada y lo busca en el más allá; cuando



muere un gran hombre, es la inteligencia la que bucea en el caos, la que golpea insistente, con furia á veces, la losa del sepulcro, preguntando qué hay detrás. Por eso, cuando un sabio como Roussell Vallace, hermano en ciencia y en glorias del insigne Darwin, afirma que la inmortalidad del alma está hoy tan probada como la ley de la gravedad, sin dar fe ciega á su dicho, sentimos invencible deseo de conocer los hechos en que tan grandiosa declaración se funda.

Los creyentes llevan sobre los demás la ventaja del supremo consuelo; ellos no dicen á los que se van: adiós; ellos dicen: hasta luego.

DE TODAS PARTES

Lectura del pensamiento.

En una Memoria de los trabajos de la Academia de Medicina de Angers, refiere el doctor Quintard lo siguiente, que pudiera dar la clave del secreto de los más famosos calculadores, cuya facultad tanto preocupa á los hombres estudiosos:

Ludovico X. es un niño que aún no ha cumplido siete años, alegre, vivo, robusto, con excelente salud y completamente libre de toda afección nerviosa. Sus padres no presentan signo alguno sospechoso, desde el punto de vista neuropatológico. A los cinco años de edad se observaron en el niño fenómenos que recordaban al célebre calculador Inaudi. Queriendo su madre hacerle aprender la tabla de multiplicar, vió con gran sorpresa que la sabía tan bien como ella; y muy pronto, aficionándose el pequeño á ese estudio, llegó á hacer de memoria operaciones de multiplicar con un multiplicador grandísimo.

Actualmente se le propone un problema buscado al azar en un libro cualquiera, y el niño da en seguida la solución. Se le planteó el siguiente problema, elegido entre los más difíciles: Siendo el radio terres-

tre de 6.366 kilómetros, y la distancia de la tierra al sol de 24.000 radios terrestres, ¿cuál es dicha distancia en leguas? El niño, con su vocecita, dió inmediatamente la solución, que era la misma que resultaba del libro: 38.196.000 leguas.

El padre de este niño, que por sus ocupaciones no prestó al principio gran atención á estos fenómenos, tuvo al fin que maravillarse, y como consecuencia de sus observaciones, resu'tó: 1.° Que el niño unas veces apenas escuchaba, y otras no escuchaba la lectura del problema que se le proponía. 2.° Que la presencia de la madre era indispensable para el éxito de la experiencia, debiendo aquélla tener los ojos ó el pensamiento fijos en la solución del problema. De donde dedujo que el niño no calculaba, sino que adivinaba, ó, mejor dicho, leía en el pensamiento de su madre; y para cerciorarse, hizo que ésta abriese un Diccionario y preguntase al niño qué página estaba mirando, respondiendo al instante: «La página 456», cuyo ejercicio repitió diez veces con el mismo preciso y sorprendente resultado.

Basta que la madre pase la vista sobre una frase por larga que sea, escrita en un papel, para que el niño interrogado, aunque sea por un extranjero, repita la frase, palabra por palabra; y ni siquiera es necesario que la frase esté escrita; basta que esté bien precisada en el pensamiento de la madre, para que el niño realice la lectura mental.

Pero el mayor triunfo del niño se obtiene en juegos de sociedad, llegando á adivinar el orden de las cartas de una baraja que tiene su madre á la vista.

El doctor Quintard, refiriéndose á la hipótesis de sugestión, dice que «para que haya sugestión en este caso, sería preciso que existiera en la madre cierta concentración psíquica, cierto grado de voluntad indispensable para el éxito de la experiencia. Sin embargo, la lectura del pensamiento se verifica, casi siempre, contra su voluntad.»

Como toda medalla tiene su reverso, cuando este niño tuvo edad de aprender seriamente á leer, vió su madre con gran disgusto que bajo su dirección nada adelantaba; adivinándolo todo, no se desarrollaban, sin embargo, su inteligencia ni su memoria.

Otro médico, el Dr. Tesson, examinó al niño y confirmó la observación del Dr. Quintard en la Academia de Medicina de Angers.

Eusapia Paladino.

La célebre medium italiana ha sido objeto de serias y continuadas observaciones por una comisión de sabios: M. y Mme. Curie, MM. d'Arsonval Charles, Richet, Courtier, Branty, Jilbert-Ballet, Charpentier, Perren; Debierre y Jourievileh.

«L'Eclair», de París, publica el avance que un redactor, Mr. Montorgueil, ha logrado obtener de la Memoria que como resultado de las 43 sesiones celebradas, acaba de redactar M. Courtier, jefe de los trabajos de la Escuela de Altos Estudios, secretario del Instituto general de Psicología.

En ese avance, del cual nos ocuparemos extensamente muy pronto, sin perjuicio de hacerlo de la Memoria cuando sea íntegramente conocida, se declara la certeza, en cuanto ésta cabe en lo humano, de asombrosos fenómenos de levitación (alzamiento) de mesas y otros objetos, sin contacto material, ó con contactos de tal clase, que no pueden ser causa, según las leyes naturales conocidas, de aquellos movimientos, algunos tan estupendos como el misterioso traslado de una cubeta conteniendo siete kilogramos de tierra, la cual, desde una habitación contigua fué á colocarse sobre la mesa junto á la que estaban los concurrentes sentados.

En la Memoria de referencia parece que se enumeran también algunos fenómenos acerca de cuya autenticidad cabe sospechar, porque los sabios observadores parten, como el riguroso método científico hoy aplicado á semejantes estudios impone, de una previsora y sutilísima desconfianza.

Ahora bien: cuando de la existencia de «lo maravilloso» se trata, un sólo hecho, uno solo absolutamente comprobado, dice más que todas las posibles negaciones juntas.

Eusapia Paladino y sus célebres facultades han de ser objeto de estudios en nuestra Revista.

Los hombres de Ciencia estudian lo maravilloso.

En todos los centros de cultura se va desarrollando la afición al estudio de la Psicología experimental. Ultimamente, en Bruselas, se ha constituído una Sociedad de observaciones psíquicas, que presidirá el doctor Van Velsen, actual director del Instituto hipnótico y psicoterático, habiéndose elegido secretario al profesor de la Academia de Bellas Artes Mr. Delville.

Para que nuestros lectores poco versados en esa clase de estudios puedan formar idea de su importancia y extensión, he aquí las secciones en que se ha dividido la Sociedad.

SECCION PRIMERA.—MAGNETISMO.—Radiaciones de los cuerpos.—El flúido magnético.—Empleo del magnetómetro Baraduc.—Impresiones flúidicas fotográficas.—Propiedades curativas del flúido magnético.—Sueño magnético. Sugestión. Hipnotismo. Psicología, etc., etc.

SECCION SEGUNDA. — TELEPATÍA. — Estudio práctico de todo lo concerniente á estos fenómenos. Transmisión del pensamiento. Sueños. Clarividencia. Sonambulismo, etc., etc.

SECCION TERCERA.—Fenómenos objetivos.—Diferentes manifestaciones mediumníticas. Tiptología. Mensajes. Escritura directa. Aportes. Levitación. Fotografía de lo invisible. Impresiones, etc.

Procuraremos tener al corriente á nuestros lectores de los trabajos de la nueva Sociedad, así como de los que vienen haciendo sus similares de otros países.

Tipografía LA EDITORA, San Bernardo, 19.—Madrid.

piritualismo. No son ya teólogos, son físicos, magos de la química, médicos, naturalistas eminentes, quienes partiendo de sus últimos descubrimientos orean la Tierra entristecida por las desesperantes concepciones mecánicas de la vida, con auras de consoladora espiritualidad.

La Ciencia no rechaza ya lo inmaterial: investiga. En su nombre no puede condenarse investigación alguna seriamente conducida. Ella, ha dicho William Crookes, está obligada por ley de honor á mirar de frente y sin miedo cualquier problema que se presente. Y como los fenómenos dichos espiritas son de positividad absolutamente innegable en conjunto, su observación y serio estudio es y debe ser un objeto científico transcendental, dirigido á descubrir nuevas fuerzas, y tal vez, ¿por qué no?, á forzar el secreto de la esfinge: SER, ó NO SER, angustiosa duda secular de que la Humanidad pide á gritos salir, resolviéndola de una vez, no con razones filosóficas ni de sentimiento, que éstas no han calmado su anhelo, con hechos reales atestiguados por los sentidos; también nos engañan, pero el hombre, acostumbrado á servirse de ellos, lo que por ellos alcanza tiene sólo por seguro.

Con lo dicho queda expuesto el objeto y la materia de nuestra Revista. Sin espíritu alguno de secta, nos ocuparemos de la publicación de todo aquello que á observación y estudio de psíquica transcendental se refiera, dando preferencia á los hechos sobre las teorías, porque tal vez es aún pronto para aventurarlas, y á lo dicho por quienes de esto se ocupan con autoridad bien adquirida, sobre nuestras modestas especulaciones.

Conviene ahora multiplicar las observaciones, divulgarlas, agruparlas en rudimentaria clasificación, llevar al ánimo de los numerosos pero aún tímidos investigadores, el convencimiento de que esa labor no es desvarío ni contrabando, mostrándoles cómo sabios eminentes se reúnen para producir los movimientos inexplicados de una mesa, los traslados sin contacto de diferentes objetos, la impresión de rostros, de manos, sobre arena ó barro de modelar á que nadie se acerca, la escritura y dibujo automáticos, la comunicación hablada de un *medium* en trance, que diserta sobre materias por él en vigilia desconocidas, y afecta personalidades y trasmite mensajes que parecen de asombrosa autenticidad, la bien comprobada trasmisión del pensamiento, la visión á distancia, y otros cien fenómenos maravillosos, de cuya producción se esfuerzan en apartar toda sospecha de fraude ó de error.

No desconocemos las dificultades que á nuestro propósito ha de oponer la incredulidad rutinaria, el desvío presuntuoso, ó el interés y prejuicios doctrinarios. Con eso ya contamos y contra ello lucharemos, seguros de no ofender creencias sinceramente profesadas, porque la investigación de la verdad no puede molestar á los que en la verdad quieren vivir; con la esperanza de que las ideas, aun recibidas con hostilidad, arraigan en el cerebro, calladamente van transformando las convicciones, y en su día florecen. *Et vigilate quia venit tempus.*

¿Acertaremos en el método? ¿Será útil nuestra labor? A emprenderla nos animan las palabras de Fray Luis de Granada en la Introducción al símbolo de la Fe. *Más vale conocer un poco de las cosas altas, aunque sea con obscuridad y confusión, que mucho de las bajas, aunque sea con distinción y claridad.*

LA REDACCIÓN

BIBLIOGRAFÍA

En esta sección daremos cuenta de toda obra de que se nos remita un ejemplar, ocupándonos además de ella en las páginas del texto si tiene relación con lo que es objeto de la Revista.

Psicología, por D. Ubaldo Romero Quiñones *(Cantaclaro)*, Guadalajara, tipografía *La Religión*, 1909. Un folleto de 120 páginas en 4.°, una peseta.